

Marcolfa, la guardiana
de la casa¹.

Ha sido un momento,
tan solo un segundo
en donde la reflexión tranquila
de mi alma me ha llevado
a territorios oscuros, y para
descifrar al menos parte de su ilógica
reprobatoria he usado la palabra;
ha brillado una luz en medio
de las distorsionadas formas
del pasado.

Los hechos en la vida del hombre suceden, simplemente suceden. Pasan a veces dejando huellas profundas que sólo el olvido y su incondicional aliado, el tiempo pueden remediar; o en otras ocasiones se postergan o se sepultan radicalmente en las sombras de un ayer que no queremos reconocer como nuestro.

Estoy hablando de un espacio y de un tiempo propios en los cuales habitan mis recuerdos. De un Uruguay lejano y de tres siglos tercios que a pesar de haberse ido dos de ellos y apenas comenzar el tercero no tienen piedad y siguen obligándome a que me reconozca en ellos. Porque fue allí, precisamente allí, en esos inquietos momentos sucesivos que han pasado donde habitan mis reminiscencias y en donde mis personajes se revuelven en un esfuerzo implacable desde el cual piden a gritos sobrevivir. Sobrevivir a la calumnia, al denuesto constante de los otros que hablan, al imparcial

¹ Me he detenido en la etimología de este nombre para descubrir que entre sus posibles significados se halla aquel que refiere al guerrero defensor de la frontera. El término es germánico; *Markulf* es zona fronteriza, marca y *wulf*, lobo. Como resulta explicado en el devenir del relato estos términos se cumplen en ella adecuadamente bien.

latigazo de los años que corren, al duro castigo del olvido.

Por eso, al continuar la tarea que me he impuesto y que consiste en no permitir el triunfo de las sombras y augurar el dominio de la luz, emerge de esas mismas sombras la figura señera y matriarcal de doña Marcolfa. Corría el año 1880 cuando vino al mundo en el seno de una familia empobrecida.

Eran diez hijas y ella, la menor de todas. Su madre se llamaba Aurelia y se había casado con un hombre treinta años mayor que ella. En aquellos lejanos tiempos, Aurelia tenía quince y unió su destino a un ganadero del lugar, de cuarenta y cinco años de edad. Para lograrlo hubo que sortear infinitos obstáculos: la oposición de una tía rigurosa y ancestralmente católica quien se había hecho cargo de la educación de la niña desde que ésta tenía diez primaveras de vida, las habladurías de la gente que llenaban miles de bocas sedientas de opinión, las consideraciones severas del cura de la parroquia que no podía autorizar un matrimonio que más se parecía a violación que a unión seria. Por si fuera poco, el médico del lugar no daba el visto bueno a estos hechos que estaban a punto de producirse.[...]